

1

EL GRAN MAESTRE BUSCA UN PINTOR

ALGÚN MOMENTO POSTERIOR AL 29 DE MAYO DE 1606

—¿Cuánto dinero te queda, lombardo hijo de puta?

—Llegando a Nápoles, no hay cuidado. Allí las putas se venden más baratas que tu madre.

—Cabrón, no me hagas reír, que se me saltan los puntos.

Las ruedas de la carreta chirriaban hacia Zagarolo. Un poco de grasa no habría hecho el viaje más ligero, aunque sí menos exasperante. Las mulas caminaban con indiferencia, siguiendo su camino sin que nadie las apremiase desde el pescante. Tumbado en la caja del carro, el hombre del brazo y la pierna vendados dormitaba débil y consumido, tras sobrevivir a las fiebres y la infección. El otro, el lombardo, llevaba una venda en la cabeza y se la quitaba para tocarse la herida, tal y como el cirujano que lo curó le había dicho que no hiciese. Mantenían los heridos la espada y la daga bien a la mano, y miraban una y otra vez hacia el camino que dejaban atrás. De haber enfilado la ruta más rápida, por mar desde Palo o Civitavecchia, ya los habrían alcanzado a caballo, se apostaban. Igual que una jauría de perros a dos ciervos heridos.

—De poco te voy a servir con esta pierna, lombardo de mierda.

—Esa cara tan fea siempre me sale bien. En Roma no habrías durado un mes, con los Tomassoni; y tu pierna me debe una *Cena de Emaús* y una *Magdalena* que voy a soltar por cuatro cuartos.

—En Nápoles manda Lúculo Barsi. No estoy a mal con él; pero, visto lo visto, no querrá saber nada de nosotros.

—Lúculo Barsi me chupa la pija y se relame luego. Ese desgraciado se caga delante de mis patrones.

El hombre malherido se aguantaba la risa.

—Me vas a hacer que se me salten los puntos, lombardo hijo de puta.

MALTA, JUNIO DE 1607

Muchas desventuras comienzan en una mesa con varios hombres poderosos alrededor de ella. Cuanto mejor sea la mesa y más poderosos quienes la rodean, peores serán las desgracias que se preparen. Con frecuencia, para quienes menos se lo esperan.

La mesa era espléndida, en verdad, y congregaba a cuatro hombres principales. Es sabido que el poder se sustenta en una capacidad esencial que además sirve para medirlo: cuanto más daño se puede causar, y a más gente, tanto más poder se tiene. Aquellos hombres disponían de poder en un grado considerable.

El más poderoso de ellos pudiera ser Alof de Wignacourt, gran maestre de la Orden de San Juan, que regía los destinos de la Orden de Malta y de la pequeña isla. Pasaba el dedo nudoso por el borde de marfil de la mesa, amplia y pesada, toda ella de una pieza tallada de un olivo milenario, con la superficie taraceada en un ajedrezado de nácar y ébano. Acaso fuese regalo de algún embajador o proviniera de un botín arrebatado al turco, ya no se acordaba el maestre. Malta no es muy grande; pero en la época de Wignacourt sus galeras reales y sus barcos corsarios eran tan temidos en los dominios del turco como célebres en la cristiandad. Qué menos que sus maestros mereciesen mesas como aquella.

En esta ocasión no se planeaban defensas, expediciones o violencias. Era una mañana tranquila en Malta, un sol fresco entraba por los ventanales, y alrededor de la mesa de olivo se hablaba pacíficamente de arte.

Dos de los hombres que se acodaban sobre el ajedrezado servían a las órdenes del maestre: el prior de la Orden en Nápoles, frey Ippolito Malaspina, viejo guerrero y degustador del arte; y frey Francesco dell'Antella, todavía más experimentado que el anterior en las sinuosidades del arte y también de la diplomacia. Sobre los escaques de la mesa bien podrían figurar una torre demoledora y un caballo saltarín. El prior Malaspina era un setentón de acero, uno de esos

añosos rayos de la guerra que fulguraban en Malta con cierta frecuencia, como el legendario La Vallette o su enemigo Dragut en tiempos del Gran Asedio. Francesco dell'Antella, que rondaba la cuarentena, era secretario de Wignacourt, y su habilidad se deslizaba hacia las argucias de corte y oficina. En su Florencia natal conocía a todo aquel que se hubiera distinguido por un soneto, o que manejara un pincel medianamente.

A la reunión del poder no podía faltar el dinero. En la mesa opinaba también el famoso banquero Ottavio Costa, de Génova, tan cercano al papa como al maestro, sobrino del prior Malaspina y no menos aficionado que los otros al aprecio de las artes. Ni menos poderoso, desde luego. Pudiera representar un avieso alfil, aunque su misión más bien consistiera en avivar la movilidad de los peones. Costa no vestía la Cruz ni era miembro como los demás del Venerable Consejo. Para sentarse allí le bastaban sus negocios y una banca sólida que proveía a los caballeros de liquidez cuando lo precisaban. Sus préstamos razonables le suponían ventajas y beneficios en el tráfico de esclavos y mercaderías.

Varios pajes retiraban un frugal almuerzo de la mesa. La frugalidad, cuando es selecta, es un distintivo tan exquisito como una conversación sobre pintura.

Pues todo cuanto buscaban los poderosos era un pintor, un buen pintor. Nada más que esa nimiedad, un mero preliminar antes de entrar en guerras y en paces, u otros asuntos de enjundia, sobre el acueducto en construcción o las fortificaciones. Al decidir cuál sería el indicado y cómo traerlo a la isla, fue cuando comenzaron las desventuras para muchas personas que no se las esperaban.

—¿Quién diantre es ese tal Caravaggio?

—Alteza —dijo Dell'Antella—, Michelangelo Merisi de Caravaggio es el pintor mejor estimado de Roma. Ya muchos pintores lo imitan; y los que no lo saben imitar, lo odian.

—Michelangelo Merisi, pintor en Roma... —El gran maestro calibraba la sugerencia y el lucimiento de su isla—. ¿El de la Capilla Sixtina?

—Ese fue otro Michelangelo, mi señor; ya murió —aclaró discretamente su consejero Dell'Antella—. Este Michelangelo no le va a la zaga en lo que a maestría se refiere. Ha pintado para el cardenal

Contarelli, para el cardenal Mattei, para el cardenal Del Monte y para el marqués Lorenzo Giustiniani. El cardenal Borghese lo aprecia en gran medida.

—También los Colonna, alteza —añadió frey Ippolito Malaspina—. Frey Fabrizio Sforza Colonna y su ilustre madre lo han protegido desde el comienzo de su carrera.

—Bravo muchacho, nuestro Fabrizio. Dios lo traiga victorioso, como suele. Y gran señora, la marquesa. Y decís que el arte de su pintor agrada a toda esa gente.

—Si entiendo algo de pintura, no hay otro como él —dijo Dell'Antella—. Hay pintores buenos, pintores excelentes, y hay pintores de quienes aprenden los pintores excelentes. Merisi de Caravaggio no es un simple pintor. Es el norte de los pintores.

—Su fama atraería a otros, y al fin nuestros templos y palacios podrían compararse a cualquiera de la cristiandad —añadió el anciano Malaspina—. Que si nos respetan por nuestra santa lucha contra el infiel y aplauden nuestras victorias, fuera de eso, ni nos miran.

Wignacourt sopesó las posibilidades del tal Merisi, o Caravaggio, o como se llamase. Si tan bueno era, y tantos artistas lo secundaban, por fin los príncipes dejarían de considerar a la isla de Malta como una especie de fortín avanzado. Un poco de prestigio no solo militar concitaría miradas, intereses, inversiones. Los botines arrebatados al turco no bastaban, y el precio de los esclavos descendía en el mercado. En Indias se prefería comprar negros; y las galeras españolas, francesas o italianas se dotaban con presos por delitos vulgares o incluso con herejes, todos galeotes muy baratos y harto más fiables que los moros y turcos. Que, a la vista de combate, la chusma de remeros infieles siempre se hallaba dispuesta a estorbar la boga.

—Bah. Si ese Caravaggio es la mitad de buen pintor de lo que decís, no tardará el papa en llevárselo —dijo Wignacourt—. O su sobrino, esa ilustrísima garrapata del cardenal Borghese. ¿Qué le puede ofrecer Malta a un artista tan principal para que se quede? Los de renombre acuden a Roma, Florencia o Venecia; y, cuando no, a la corte de Madrid o, incluso, a París. ¿Qué decís vos, señor Costa? Sois banquero del papa.

El callado banquero cumplía bien su papel de alfil. Silencioso y distante, se reservaba el movimiento largo hasta el momento preciso.

—Poseo algunas telas suyas en mi palacio de Génova. Merisi de Caravaggio es raro, audaz, novedoso y sorprendente. Sin embargo, no es un hombre fácil de tratar. Con vuestra venia, quisiera presentar a vuestra alteza a un caballero que muy bien puede ayudarnos.

Wignacourt accedió. «*Raro, audaz, novedoso...*», se repetía; y esbozó un ademán con su mano fuerte y rugosa. Un paje del maestro obedeció al punto y llamó a un criado, y este a otro. Finalmente compareció en la estancia de Wignacourt un caballero de la Orden. Se adentró en la sala con timidez ratonil, sin osar mirar de frente al maestro, ni a sus invitados ni a los pajes siquiera.

—Frey Augusto de Rohan. Caballero de Justicia en la Lengua de Auvernia —lo presentó Ottavio Costa.

—Me precio de conocer a cuantos visten el hábito —dijo Wignacourt—. He oído hablar de un De Rohan. Plantó cara él solo a una escuadra de turcos, y hasta creo que salvó de ellos a un niño... Pero eso fue hace tiempo, y sois muy joven.

—Era mi tío, frey Pierre de Rohan —dijo frey Augusto. No miraba de frente, y parecía en efecto un ratón que buscase escapar hacia algún escondrijo. Ni se atrevió a corregir la historia.

—Los De Rohan han honrado a la Orden continuamente —explicó Ottavio Costa.

—Ah. Entonces sois *el otro* De Rohan.

A nadie pasó inadvertido el cierto desdén del maestro. El humillado frey Augusto se mostraba más azarado que un monaguillo en su primera misa.

—Todo caballero, para serlo, además de su probada nobleza debe pagar el *passaggio* a la Orden, igual que debe distinguirse de algún modo en las caravanas contra el turco. Lleváis el «frey» de nuestra hermandad ante vuestro nombre, y sin embargo no recuerdo en qué servicio os habéis distinguido.

Alof de Wignacourt no mentía en cuanto al conocimiento de sus caballeros. Los De Rohan eran ricos, tenían al menos el condado de Rochefort y varias ramas tan ilustres como acaudaladas; solo que casi todos eran hugonotes como el diablo. Católicos había pocos y empobrecidos. Y desde luego, frey Augusto de Rohan de Rochefort no se había distinguido en las caravanas, o misiones de combate y saqueo contra los turcos; ni de ningún otro modo.

Le habían contado que *este* De Rohan en su primer abordaje estaba más blanco que la cruz de su sobrevesta. Que la espada temblaba en su mano y hasta los leventes turcos desdeñaron batirse con él. Con todo, había completado la caravana, y reunió el dinero para pagar el *passaggio*.

—Quizá no he servido a la Orden como se esperaba. Pero bien puedo hacerlo de otros modos.

—Frey Augusto —lo saludó Ottavio Costa—, sois hombre versado en el arte y los artistas. Su alteza, el maestre, considera la posibilidad de traer a Malta a Merisi de Caravaggio.

Alof de Wignacourt miró despacio al caballero y después a su banquero y sus consejeros. Menuda jácara. Ya estaba claro de qué bolsa salía la plata del *passaggio*. Estos pillos le tenían preparada la maniobra del pintor antes de venir. Linda encerrona.

—Hablad.

—Para que un hombre os sirva antes que a otros, conviene ofrecerle algo que necesite. Y sobre todo, algo que los otros no le puedan dar.

Wignacourt asintió a la obviedad o la agudeza. Prosiguió frey Augusto de Rohan, que finalmente se atrevió a mirar a los ojos al maestre:

—Michelangelo Merisi, o Caravaggio, como lo llaman, no se halla en buenos términos con el papa. Se habla de que tuvo una disputa con un tal Tomassoni, y lo mató en una pista de *pallacorda*.

—Diantre con el tal Caravaggio —se sorprendió el maestre—. ¿Y cómo mató a ese tal como se llame?

—Unos dicen que fue una pelea, otros que un duelo —explicó el caballero De Rohan con creciente confianza—. Caravaggio le asestó una estocada en el muslo o en el vientre, y Tomassoni se desangró en medio credo. Parece que este Tomassoni era un rufián.

A su alteza el maestre le fascinaba cualquier hecho de armas, y respiró aliviado.

—Bueno. Al menos lo mató como un hombre. No sería el primero que viene a Malta debiendo alguna muerte. Se puede arreglar.

—La familia Tomassoni es influyente en Roma, y el papa Pablo V todavía es un recién llegado —añadió Augusto de Rohan—. El hermano del difunto es el *caporione* de Campo Marzio, una especie

de jefe de barrio protegido por los Farnese. Por lo tanto, Su Santidad ha puesto precio a la cabeza del pintor.

—Ya veo. —El maestro calibraba un incómodo desaire pontificio—. ¿Cómo sabéis todo eso?

—Viví en Roma algún tiempo antes de mi noviciado. Conocí al pintor, hice amistades y me gusta recibir noticias.

—Vuestros «dicen» y «parece» no me gustan. —Wignacourt se repasaba la barba rasposa con mano dubitativa.

—Conocí a Michelangelo Merisi antes de que cayese en desgracia —se excusó De Rohan.

—Lo más probable es que Su Santidad espere a que se aquieten los ánimos —intervino Costa—. Dos o tres vírgenes bien pintadas y lo acabará perdonando en un año o menos. Sin embargo, ahora mismo Caravaggio estará aterrado. Los Tomassoni lo quieren muerto, y el papa no querrá ofenderlos con un perdón inmediato.

—En realidad, ese conflicto nos beneficia —apuntó a su vez De Rohan—. La Orden podría brindar protección a Caravaggio mientras residiera en la isla. La jurisdicción del papa no alcanza a los dominios de vuestra alteza.

Wignacourt se veía como la diana de un plan bien urdido. El ratoncillo De Rohan venía preparado; al menos había que reconocerlo. Merecía la pena ver dónde paraba todo aquello.

—La jurisdicción del papa no nos alcanza —admitió el maestro—; pero una simple nota de Roma nos haría entregarle al pintor o a cualquiera. Por cortesía.

—No es preciso ni obligatorio informar a Su Santidad sobre quién viene o no viene a la isla —dijo el secretario Dell'Antella. Y bajaba la voz, como si ya empezase a obrar aquel secreto.

—Absurdo —intervino el anciano Malaspina—. Todas las naciones tienen ojos y orejas en la isla.

—Razón de más para traerlo con discreción —dijo Dell'Antella.

—Tarde o temprano se enterará —insistió el anciano.

—En tal caso, nosotros mismos informaremos a Su Santidad —resolvió el maestro—. Le alegrará saber que su pintor se halla a salvo, y lejos del alcance de los Tomassoni. Tendrá la esperanza de recuperarlo cuando los ánimos se enfríen. Y así lo hará. Mejor busquemos a otro.

—Podríamos retenerlo con una cadena, como a los cautivos —dijo, socarrón, el viejo Malaspina—. Claro que en ese caso otros artistas se pensarían dos veces hacer el mismo viaje.

—¿Qué decís? —preguntó el banquero Costa a Malaspina.

—Nada, sobrino. Bromeaba.

—No, no. No es tan mala idea —dijo el banquero—. Solo que la cadena no debería ser de hierro.

—¿De qué, entonces?

—Las cadenas más fuertes son las de oro.

Wignacourt tamborileó con los dedos sobre la mesa, y finalmente dio en ella unas palmadas que anunciaban su resolución.

—No me había percatado de que en este ajedrez —dijo señalando los escaques oportunos de la mesa— mis propias piezas me preparaban el jaque. A juzgar por esta celada tan bien urdida, el tal Caravaggio tiene fascinados a mis consejeros. Fuera como fuere, no corramos tanto. Primero quiero ver con mis ojos de qué es capaz ese tal Merisi, o Caravaggio, o como se llame. Y vos, frey Augusto, os encargaréis de un cometido secreto.

—A las órdenes de vuestra alteza.

—Iréis a Roma. Os enteraréis de todo lo concerniente a ese pintor que mata hombres y lo persigue un papa. No solo degollando turcos se sirve a la Religión. El valor de vuestro informe será el de vuestro servicio pendiente.

ROMA. HACIA FINALES DE JUNIO DE 1607

En toda ciudad católica, la cruz de Malta confiere estima, aligera trámites, franquea puertas y voluntades. Cierto es que una bolsa repleta y abierta consigue lo mismo con más discreción. Gracias a una carta del banquero Ottavio Costa dirigida a su agente en Roma, Augusto de Rohan encontró ciertas ventajas que le allanaron el camino, y gracias a su bolsa de relucientes *scudi* no le faltaron útiles colaboradores.

El solícito agente Mucio Portinari hospedó al enviado de su jefe y se encargó de gestionar sus necesidades. Sin embargo, declinó acompañar a De Rohan en su incursión por el pasado romano del pintor.

Así pues, Augusto de Rohan daba traspies por los rincones menos nobles de la Ciudad Santa. La negrura de la noche le impedía apreciar el sinfín de torres, cúpulas y campanarios que apuntaban tanto orgullo a los cielos, y que ahora le traían sin cuidado. Más bien trataba de evitar los charcos de inmundicias que emporcaban la vía. Perdiéndose por callejones hediondos, tras el «*Agua va*» nocturno y la vuelca de bacinillas de la plebe romana, el apurado caballero empezaba a temer que le habían tendido una trampa y que pronto le cortarían el cuello para arrebatarse la bolsa. La compañía del jefe de los *sbirri* de la Torre de Nona no lo tranquilizaba. El capitán Pino, que así se llamaba o se hacía llamar, era un bribón con aliento repulsivo y manos anchas y robustas que exigían y aceptaban sobornos como muestra de respeto. De vez en vez, dirigía la linterna de aceite que llevaba al rostro huidizo de algún viandante cochambroso, lo agarraba por el pescuezo y lo interrogaba en el sórdido dialecto de las callejuelas romanas. Para zafarse de él, sus víctimas o respondían a sus preguntas, o deslizaban en la manaza del jefe algún óbolo que pagase su libertad. Así, con su campechana violencia, el capitán Pino lucía su autoridad ante su protegido y sacaba provecho de su escolta.

—Casi hemos llegado, señor —dijo tras amedrentar a otro par de harapientos, que trocaron algún cuchicheo a cambio de su buena voluntad.

Augusto se agarraba al pomo de la espada para disimular su pavor. Observó que el capitán tampoco se encaraba con cualquiera. Pasó ante unas sombrías figuras embozadas sin molestarlas, como desdénando reparar en ellas. Augusto vio que después apretaba la marcha. Finalmente el *sbirro* de la Torre de Nona se acercó a una mujeruca aterida que, sentada sobre un mojón de piedra, se sacaba una piedrecilla de la alpargata.

—Fílde.

—Déjame en paz, Pino. Hoy ha pasado más gente por este coño que por el Campo dei Fiori.

No sin dificultad, Augusto de Rohan la reconoció a la mísera luz de la linterna. En efecto, la mujerzuela pudiera ser la *Santa Catalina* que acaricia una espada, pintura de la que le habían hablado con asombro, o la *Judith* que degüella a Holofernes, cuadro prodigioso

y violento que le había mostrado Ottavio Costa. Parecía mentira que fuese la misma. La dama pintada con sonrisa finamente maliciosa, tersas mejillas sonrosadas y mirada de incitación discreta estaba ante él; solo que despeinada, ojerosa y con el macilento rostro demacrado y sucio. Había transcurrido poco más de un lustro desde que posara por primera vez para Merisi; y se diría que habían pasado dos o más. En la mejilla izquierda, justo debajo del ojo, la sombra delataba el rastro de una cicatriz disimulada con un torpe pegote de albayalde y carmín.

—Conocisteis a un tal Merisi de Caravaggio —afirmó De Rohan.

—¿Ya lo han matado?

—No, que yo sepa.

La mujer marcada miró al capitán y al atildado muchacho que venía con él. Escupió al suelo.

—*Becco fotuto*.

De Rohan, francés, no dominaba del todo la jerga tabernaria romana ni sus palabras malsonantes. Esta la entendió al punto. «*Puto cabrón*», o algo así. La usaba mucho el mismo Merisi. Le habían dicho que el padre de la Melandroni había sido noble; y él mismo la recordaba como cortesana cara, con estilo y modales. Cualquiera lo diría.

—No vengo de parte del papa ni de los Tomassoni. Solo quiero averiguar ciertos detalles sobre este Merisi de Caravaggio. Sé que tú y él...

—El espejo de las artes. Un pintor sin igual...

—No tengo mucho tiempo, solo un poco de dinero —dijo De Rohan a Fílida Melandroni—. Mira: de rato a rato te daré otro escudo si me interesa lo que vas contando. Si me paro, se acaban las monedas y me largo, aunque me jures hablar hasta el día del Juicio.

Fílida sopesó la moneda del caballero, y con la uña hendió su pureza. No le hacía falta mirarla ni morderla.

—No nos vamos a entender. —Augusto hizo ademán de cerrar la bolsa.

—Esperad, señor. Era un hijo de puta. Follábamos algunas veces. Eso, cuando se hartaba de buscar bronca con Borgiani, Longhi, Gentileschi y los otros cabrones de su pandilla y no estaba borracho o herido, o cuando no le daba por pintar.

—Ah.

—Cuando se encaprichaba de un cuadro no paraba hasta terminarlo. Después pasaba semanas enteras de juerga y borrachera con esos perdidos, casi todos artistas o pintores como él. Se presentaba en mi puerta, conque o le abría, o montaba un escándalo. Luego el cabrón se jactaba de joderme sin pagar. Pues claro que no me pagaba. Si no tenía un cuatrín, cómo me iba a pagar.

—¿Le faltaban clientes?

—¿Os place mi discurso, señor?

Augusto sacó otra moneda de la bolsa, y la retuvo en la mano.

—Tenía clientes y encargos de sobra —continuó Fílida, apoderándose de la moneda—. Ganas de complacer a nadie, muy pocas. ¿Quién podía apremiar a Merisi de Caravaggio? Pintaba lo que le parecía, cuando le venía bien. De mozo pintaba cuadritos para quien se los quisiera comprar en la calle. Luego pasó a los encargos de ricachones, que le pedían cuadros de capricho para sus *palazzzi*. Al poco llegó la locura. Le encargaban vírgenes, santas, santos, yo qué sé cuántas imágenes. El altar de los Contarelli, que da gloria verlo. La cofradía de los palafreneros le encargó una virgen, para San Pedro. Ahí es nada. Como Michelangelo conocía a muy pocas vírgenes en Roma, pintó de virgen a la puta de Magdalena Antonietti, una que vivía en la plaza Navona. La muy tonta se pudo casar con el notario Pasqualone, que la pretendía; pero a Michelangelo no le dio la gana quedarse sin modelo. O sin puta. En fin. Un día sacudió al notario con su espada para espantarlo, y casi acaba en la cárcel. El caso es que Lena posó para un cuadro de la Virgen de Loreto y el que digo, el de la Virgen de los palafreneros. El de Loreto puede ir a verlo, a ver si miento y si mi Michelangelo no era un ángel con sus pinceles, y un demonio con todo lo demás. Justito por donde entran los peregrinos a Roma, en San Agostino, luce en la misma capilla de los Cavaletti. Es verlo y te dan ganas de rezar aunque conozcas a la tragadardos de la Antonietti. El de los palafreneros, en cambio, no lo colgaron en San Pedro esa banda de santurriones. Unos decían que a la Virgen, o sea, a Lena, se le veían demasiado las tetas. Otros gruñían que a quién se le ocurría pintar a semejante perdida en el lugar de la madre del Señor. Otros, en fin, juraban a Michelangelo que no, que el caso era que la cofradía

había perdido su capilla en San Pedro. Vamos, que hecho el trabajo la paga no llegaba. Entonces apareció el cardenal, aflojó sus escudos y se la llevó.

La mujer señaló la bolsa con la mirada. Otra moneda fue a parar a sus manos.

—¿El cardenal Del Monte?

—No, no. Borghese, el sobrino del papa. El rico. Compró el cuadro a los palafreneros y estos pagaron por fin a Michelangelo, y aún ganaron dinero. Borghese quería comprar cuanto pintara mi Michelangelo. Y también el cardenal Barberini, y el marqués Giustiniani. Ahora, como los que me pintó a mí, ninguno. A mí me pintó muchas veces; una vez de patrona de Siena, tan señora; y otra en que se me ve degollando a un barbudo hijo de puta que sangra como un cochino, un cuadro tan bueno que no hay más que ver. A Ranuccio, mi hombre, no le gustaba que me pintase; claro que como Caravaggio tenía dos o tres cardenales detrás, además de no sé cuántos señorones, pues tragaba, siempre que yo le cobrase bien cobrado. Pero ese desastre de hombre nunca llevaba nada encima. Nadie diría que lo querían y estimaban cardenales, nobles y banqueros, porque vivía como un rufián y vestía como un mendigo. En cuanto cobraba algo, y cobraba bien, todo lo derrochaba en convites, en vino y en putas.

—Tú eras una cortesana de calidad. No te conoció en un callejón como este. ¿Le alcanzaba a Merisi para pagarte?

—¡A mí nunca me pagaba! Me convidaba y me hacía regalos. Me pintó un retrato para mí sola, como a una marquesa, mientras a sus clientes ricos les daba largas con sus encargos. «*A ti no te pago. A ti te quiero para mí*», me decía. Y yo... Me gustaba verme en esas telas, y que me tratara como me trataba, y cómo me...

Reparó la mujer en el silencio del pagador, que pudiera tomarse por incredulidad.

—No estaba entonces como me veis. Era yo toda una señora; cortesana de calidad, como dice vueseñoría. Vestía mis sedas y mis encajes, mis basquiñas de lana y mis cuellos de holanda, todo de lo mejor, y no se me veía en la calle ni de paso... Después le decía a mi hombre que sí, que Merisi me pagaba; y le daba yo misma el dinero.

—En Roma se ve de todo —añadió Pino—. ¡La Melandroni, pagando por follar!

—Silencio —le dijo De Rohan, sin reírle la gracia.

Tan enternecedor relato, cierto o no, mereció otra moneda.

—¿Eras la única o había otras?

—Eso es como preguntar si bebía siempre del mismo vino. Solo me juraba que, como yo, ninguna. Esa Lena, y la golfilla de Anna Bianchini, que le posó para una *Magdalena* y algún cuadro más que no me acuerdo. Vamos, la Bianchini, de arrepentida; eso tuvo gracia. Y hubo otra furcia, Isabella della Vecchia, que le hizo no sé cuál perrería. Michelangelo le tiró abajo la puerta de su casa, con su banda. La muy zorra y su madre lo denunciaron; pero con sus cardenales y marquesas detrás, cualquiera le tocaba un pelo de la ropa.

—¿Y... muchachos?

—Ya os veo venir. Eh, si vamos a hablar mucho me podríais invitar a un cuartillo. Tengo la boca pastosa.

—Vayamos. —Augusto contuvo un mohín de asco.

—Cara os saldrá la cháchara de esta golfa, señor—dijo el esbirro Pino—. Dejádmela un rato y os contará desde la creación del mundo, sin soltar un cobre.

—Tú qué dices, culo roto, desgraciado —estalló la Melandroni—. Lárgate a asustar a los pordioseros, que no vales para otra cosa.

Pino quiso castigarla con una bofetada, y lo detuvo De Rohan.

—Ya os advertí, señor —dijo el capitán de la guardia—, que nos movíamos entre mala gente. A ese Merisi lo llevé preso más de una vez, y lo hirieron lo menos ciento. No se perdía una riña. Hasta alguna muerte se quedó sin aclarar con ese cabrón por medio, antes de la de Tomassoni. Le dimos cuerda en el *cavalletto*, o el potro, como dicen los españoles, y ni por esas cantó. Hubo que soltarlo cuando medió Borghese.

—¿Te dio? ¿Por atrás? —La Melandroni se reía ahora de su broma.

—¡Puta, hija de puta!

No dejaba el capitán Pino de amagar bofetones, ni Augusto de tratar de apaciguarlo.

—Menudo negocio tenías con ese entrando y saliendo de tu cárcel.

—Más entraba y salía de tu coño. Para lo que te ha servido... De cortesana y mantenida, a buscona.

Augusto volvió a interponerse para evitar que llegasen a las manos, ahora en sentido inverso. Tuvo que amenazar con cerrar la bolsa y marcharse. Finalmente se acercaron a una puerta desvencijada y entreabierta de la que se atrevía a salir una luz mortecina.

En aquel tugurio algunas mujeres del oficio descansaban un rato o se ofrecían a los nocherniegos. Al entrar el hombre de la Torre de Nona, más de un parroquiano escurrió el bulto o se empozó entre las sombras. Fílide Melandroni se fue derecha a una mesa, acaso la que tendría por costumbre, y se desplomó sobre un taburete. El dueño, sin preguntar, dejó una jarra desportillada y unos vasos de arcilla pegajosa en la mesa. Augusto no probó el suyo. Pino y la Melandroni apuraron sus vasos de un trago y Pino los llenó de nuevo hasta el borde.

—Eran buenos tiempos para todos. Yo me había retirado de la calle, y no me faltaban ricos acompañantes. Mi Michelangelo era hombre de respeto. Pero tampoco faltan envidiosos y chismosos. Lo de los muchachos se lo inventó otro pintor, un tal Baglione. Un cornudo y un envidioso. También era *caporione*, y odiaba a Michelangelo. Michelangelo lo despreciaba delante de cualquiera, y Baglione, que se tenía por gran artista y además caballero, no lo podía soportar. Todo por una broma, unos versos que circularon por ahí y que dejaban a Baglione en ridículo, por cornudo. Lo denunció por esto, y declaró que Michelangelo Merisi andaba en compañía de un bardaje, un pelado que vivía de poner el culo. El muy embustero...

—¿No se dijo que...?

—Francesco Boneri era su aprendiz y criado, no un putillo de la calle. Cecco vivía con su amo, no iba a vivir con el vecino; y posaba para él como posábamos todos. Vamos, que me da la risa. ¿Mi Michelangelo enredándose con ese crío? Yo no digo que se juntara con los santos apóstoles; pero a este coño le daba buena tarea. ¿No hay más monedas, caballero?

Augusto volvió a pagar. La información sobre las relaciones de Caravaggio no le gustaría al maestro, aunque siempre se podría adornar un poco.

—Menuda noche llevas, Fílide —dijo el capitán Pino—. Luego te enfadas conmigo, con los clientes que te traigo.

—¿Con quiénes andaba? —insistió Augusto, tras rellenar el vaso de la mujer. El alcohol barato estimulaba la locuacidad de la prostituta.

—Mala gente, los pintores. Borgia iba de valentón, lo mismo que Gentileschi y sobre todo el fanfarrón de Onorio Longhi, el poeta, metiendo miedo a todo el mundo con las espadas al cinto. ¿Sabéis por qué? Porque esos cobardes temían a Michelangelo más aún que el inútil de Baglione. Era el señor de las calles. Mejor artista que cualquiera de ellos, y más hombre que todos juntos; y además los tenía con los cojones encogidos en el culo, con su espada a punto y su mala cabeza, buscando siempre contra quién rompérsela. Por eso sus amigotes preferían andar a su vera que estar en su contra. Había otro pintor muy bueno, un tal Guido Reni. Este era un mocete bien cortés y pulido, que los temía como a la peste y huía de ellos. Jugaba, y lo que perdía a las cartas lo compensaba pintando, y sin líos. Otro pintor, uno que se llama Carraci, los odiaba.

—Háblame de Ranuccio Tomassoni de Terni. —Y otra moneda salió de la bolsa para desaparecer entre los andrajos de la mujer, restos de un vestido que habría sido más que estimable y colorido.

—Ya os lo he contado yo —dijo Pino—. Ranuccio y Merisi discutieron por una apuesta, en un partido de *pallacorda*. Vamos, es cosa sabida. La cosa se calentó, salieron las espadas y Ranuccio perdió la apuesta y el pellejo.

Fílide Melandroni negó mientras se embuchaba otro vaso de un trago. Se lo llenó de nuevo y prosiguió, tras mirar alrededor, bajando la voz un poco.

—En esa pista de *pallacorda* se juntaron más pelotas que raquetas. Ranuccio era mi hombre, así arda con Satanás. Su hermano Giovan Francesco es ahora el *caporione* de Campo Marzio. Le cubría las calaveradas a su hermanito, y, como tenían detrás a los Farnese, hacían lo que les venía en gana. Yo me iba con Michelangelo y los suyos porque bien que me divertía, y porque a Ranuccio le fastidiaba. No haberse follado a la Lena Antonietti, que era la hembra de Michelangelo. Hacíamos justicia. Luego yo me fui con mi Giulio, el veneciano, y Michelangelo no se molestó. Un artista, un poeta y un

caballero, Giulio Strozzi. ¿Lo conocéis? Michelangelo además me pintaba como a una diosa, como a una santa. Hasta me regaló un retrato ¿No se lo he dicho? Nunca me he visto más guapa que...

—Buenas noches, Fílida.

Tres hombres interrumpieron la conversación y el trasiego de monedas.

—Este dinero es mío, cabrones —les dijo la prostituta—. No lo he ganado jodiendo. No os debo nada.

—La entretienen, amigos. Eso nos cuesta caro. ¿Quién pregunta por el de Caravaggio?

—Venga, hijos —dijo el capitán Pino—. Viene conmigo. No pasa nada malo.

—Te voy a decir lo que pasa. La recompensa por la cabeza de ese cabrón. Eso husmea este melindres.

El que hablaba de modo tan irrespetuoso llevaba al cinto dos puñales y una vieja espada de soldado. Su cuerpo era similar, largo y nervudo, sin más grasa que sus armas. Su larga nariz asomaba bajo un chapeo maltratado que ocultaba medio rostro en la sombra. La boca sin labios dejaba entrever los dientes sucios y amenazadores.

—Señor Bonafide, se equivocan —le dijo Pino.

A De Rohan le intranquilizó el súbito tratamiento de respeto que merecían los rufianes recién llegados. Según había comprobado, Pino no derrochaba cortesías.

—Merisi es nuestro. Mató a nuestro jefe. Es una cuestión de honor —dijo el otro matón, un hombre montañoso y peludo al que le nacía la barba casi desde los ojos. Iba armado de un alfanje recto o *falcione*, que le colgaba del cinto en una vaina maltratada y rota por muchas partes.

Al inquieto Augusto el miedo le crecía desde el estómago. Quizá pretendiera disculpar su vinculación con el pintor, o quizá pudieron más su curiosidad y la ocasión de conseguir más noticias de primera mano.

—Yo no busco a nadie. Me han dicho que no lo quiso matar.

—¿No? Llevó a sus cerdos armados como un pelotón de suizos —dijo el hombrón peludo, mientras hacía como que le quitaba una pelusa de los brahones de la ropilla y se detenía a calibrar su calidad, sobando la tela de la hombrera.

—Entonces ¿no estaba solo? —preguntó De Rohan, tolerando aquel sobeteo como si no lo percibiese.

—¿Ese lombardo cobarde? Iba con los capones de sus rufianes; Gentileschi y Borgia, los pintores, y Longhi, el poeta. Además pagó a un soldadote que los acompañara, un tal Toppa, por si acaso.

—Cierra la boca, Abruzzese —dijo el tal Bonafide.

—¿Qué pasa? Lo saben hasta los gatos, como dice el señor capitán. Solo que no se larga todo, y bien que se debería. Merisi buscaba jaleo. Había insultado a Ranuccio, amén de quitarle las putas. Aquello tenía que pasar. Ranuccio lo esperó en la pista y defendió su honor como un hombre. Merisi lo tanteó primero. Le tiró enseguida un *tondo mandritto* para que lo parase y, desde esa posición, molinete y *sgualemrato roverso* derecho al muslo que hizo perder pie a Ranuccio. Luego Merisi lo remató en el suelo, de una *stretta* muy hija de puta a la barriga.

—Tú y tu destreza boloñesa, Cencio Abruzzese... ¡Si ni siquiera lo viste!—dijo Bonafide.

—Por lo que he oído, así tuvo que ser —protestó Abruzzese, el hombretón peludo.

Intervino el tercer valentón, que no era más que un mozalbeta delgaducho y descolorido.

—A mí me han dicho que el pintor le quiso cortar la pija, y se le fue la mano.

—Punto en boca, Albertino —dijo Bonafide—. Respeto al difunto.

—¿Qué os parece? —prosiguió Cencio Abruzzese—. Sea como fuere, si solo lo hubiera herido, o lo hubiera despachado a la primera, pues qué le vamos a hacer, cosas que pasan entre hombres cada día. Pero lo remató como a un perro. Un asesino.

—¿Y nadie hizo nada? —preguntó Albertino.

—¿Cómo que no, sobrino? —le dijo Abruzzese, que se volvió a sumir en su relato como si todo lo tuviera delante—. Micer Giovan Francesco Tomassoni, su hermano, enfiló su hierro hacia Merisi, mientras a Ranuccio lo llevaban en volandas a la casa de un cirujano. Merisi reparó un tajo que lo hubiera dejado a buenas noches, y entonces Giovan Francesco le abrió la cabeza con el pomo de la espada. Ahí se metió el tal Toppa. Correr la sangre, salir a brillar tanto

acero y esfumarse su banda fue todo la misma cosa. ¡Como un pedo en una tormenta! Solo Petronio Toppa recibió lo suyo, porque se batió como los buenos, y le metieron una estocada en el brazo y seis o siete cuchilladas en una pierna que ya lo habrán mandado con Satanás. Era el único que valía algo de los *coglioni* que iban con Merisi. Y este, el culpable de todo, escapó con dos arañazos de nada, del golpe que le sacudió Giovan Francesco. Dios es testigo de que hasta el Santo Padre ha puesto precio a su cabeza.

—Y no eres tú quien lo va a cobrar —añadió Bonafide, dirigiéndose a De Rohan.

A Augusto de Rohan le temblaban las manos, temerosas de acercarse a su arma. La historia de la disputa por la apuesta se había convertido en una reyerta organizada a causa de los favores de una ramera y una provocación del pintor. Los cabecillas se habían batido, y al final los padrinos también se enzarzaron, como era costumbre. Y lo que es peor: la historia del duelo se convertía, si los rufianes decían la verdad, en un asesinato. Decididamente, al maestro no le complacería tan sórdida historia y mucho menos la gentuza que pululaba por ella. De todos modos, la opinión del maestro se había relegado muy al final de sus preocupaciones.

—Yo... Yo no busco recompensas. Solo quiero saber de ese hombre..., ese pintor —corrigió, aterrado.

—Afufa, Pino —dijo Bonafide.

El capitán de la Torre de Nona se levantó de la mesa, tomó su linterna y escapó como una mosca al presentir un manotazo. De Rohan se quedó desamparado ante los bravucones.

—Basta de cháchara. Conque quieres dar con el Caravaggio y no para cobrar la recompensa. A ver si eres de los suyos... Vamos a que nos dé el aire mientras largas quién puñeta eres.

Cuando De Rohan quiso encontrar su espada, una mano la aferraba y la desenvainaba despacio. Otra mano le había quitado ya la bolsa. Desde aquel garito a las frías aguas del Tíber no habría más de unos minutos de oscuridad muy cortos o, peor, muy largos.

—Si le rompes los dedos sobre una piedra, tío Cencio, soltará más verdades que el Evangelio —dijo el mozalbete descolorido.

—Tú, a callar. Mira y aprende. Y no se blasfema —le contestó el hombrón barbudo.

De Rohan se levantó. Fílido estaba más blanca que su afeitado, fuese porque su cómodo negocio de aquella noche se iba al traste o porque su conversación podría depararle algún castigo.

—Buenas noches, caballeros —saludó otra voz firme y tranquila.

El recién llegado vestía con lujosa arrogancia. Una espada española de lazos le colgaba de la cintura. Su ropilla negra sobre jubón de brocado rojo impecable, a juego con las ligas de seda, un collar de oro despreocupado de su entorno y los dos individuos armados que lo acompañaban indicaban que el hombre había de ser alguien en aquel lugar. A una sola mirada suya, los rufianes quitaron las manos de De Rohan como si quemase.

—El señor parece aficionado al arte —dijo el hombre que mandaba allí—. Yo le recomendaría otros pintores. Baglione es tan bueno como cualquiera. O Annibale Carracci, si consigue que le haga caso, porque está medio loco. Guido Reni le valdrá muy bien y cumpla sus plazos. Devolvedle sus cosas. Mostraos más corteses con un caballero de Malta.

La sorpresa de Augusto de Rohan superó al miedo que lo embargaba. ¿Caballero? ¿En qué se le habría notado? Ni en su capa ni en su ropilla lucía la cruz de ocho puntas.

—Un buen *caporione* ha de saber quiénes se mueven por sus dominios —dijo el hombre, como si le leyera el pensamiento—. Abruzzese, si le pasa algo al caballero perderás las orejas, y tú, Bonafide, esa narizota. En Campo Marzio nadie molesta a quien protege un Tomassoni. Tú, Fílido, vete a dormir y que no se repita. Todavía puedes ofrecer la otra mejilla. Andando.

Abruzzese devolvió la espada y la bolsa a las trémulas manos del caballero. Bonafide indicó el camino de la puerta y salieron. La prostituta los acompañó, con una mano nerviosa sobre el escote, donde guardaba su botín, y la otra sobre la mejilla que le quedaba sin cicatriz.

—Fílido —dijo Tomassoni—. A partir de mañana saldrás de mis calles.

—No he hecho nada malo.

—Lo sé. Te levanto el castigo. Quiero que te compongas y que dejes de andar como una perdida. Regresa a Roma tu veneciano.

—Giulio...

—Sacaremos más de Giulio Strozzi con un envoltorio más digno. Dependerá de ti que seas la gloria de las cortesanas o que te arrastres como la buscona en que te has convertido. Recuerda que lo mismo que te saco de la calle, te puedo arrojar a ella. Y la próxima vez que me disgustes, el *sfregio* será real, que no un simple arañazo en la cara.

La mujer lloró mirando al suelo y hasta dio las gracias por la humillación que aliviaba su miedo. Desapareció sin tardanza, recogiendo ya el pelo y comenzando a recuperar su porte señero, por obedecer antes la orden o por el deseo de abandonar su miserable castigo.

—Se han quedado sin hueso que roer —dijo uno de los acompañantes de Giovan Francesco Tomassoni, el *caporione* de Campo Marzio.

El *caporione* vio cómo se marchaba el caballero, y lo despidió con un esbozo de reverencia que pudiera ser respetuoso o burlón. Después agarró el jarro de la mesa, para beber. Se lo pensó mejor al oler el contenido y lo dejó donde estaba.

—Un caballero de Malta pregunta por el hombre que mató a mi hermano; y lo hace en el último lugar donde podría encontrarlo. Eso despierta mi curiosidad. Veinte escudos a que si seguimos a ese caballere, daremos con Merisi más pronto que tarde. No me lo perdáis de vista. ¿Entendido?

Paradoja: cuanto más rica es una persona, más quebraderos de cabeza le trae la falta de dinero.

Ottavio Costa había dormido mal aquella noche, como dormía mal muchas otras. Ottavio Costa era tan rico como para no cuidarse de saber con exactitud ni cuántos millones de escudos tenía ni cuántos cientos de miles debía, ni cuántos le debían a él. Sabía que regía un imperio secreto que solo figuraba en sus mapas y sus cuentas, un imperio invisible a la vez que cambiante. Sabía lo que tenía por cálculo, intuición y fe. Tenía lo que le decían que tenía, sin ser capaz de abarcarlo, ni verlo ni imaginarlo siquiera. Su socio Juan Enríquez de Herrera, sus agentes en Roma, en Génova, en Madrid, en Sevilla, en Nápoles, en Gante y en otros lugares le daban cuenta cumplida de sus empréstitos y transacciones. Poseía intereses

en negocios que desconocía y otros que fluctuaban de modo imprevisible. Lana castellana, plata de Indias, esclavos moros y negros valían un precio un día, y otro al siguiente. El chocolate de Indias se vendía muy bien, comprando en origen y vendiendo en destino a muchas veces su precio de compra. Con los esclavos se procuraba hacer lo mismo, sin tanto éxito.

No pegaba ojo, y se levantó. Encendió unas velas prendiéndolas de un farolillo de aceite que se mantenía encendido, titilando en la noche. Examinó en su escritorio los papelotes aplazados para el día siguiente. Miró si había plumas bien tajadas, y no había. Plumas de ala de ganso y de hermoso tamaño, como a él le gustaban. Secas todas, vaya por Dios.

Puso unas cuantas a remojar, para volverlas más flexibles, tajarlas y escribir unas notas más tarde. Ganaba dinero a veces de manera impensable y lo perdía del mismo modo. De una flota de barcos podían hundirse uno o dos con su carga de grano, sin notarse el descalabro al subir los precios y vender los restantes incluso con más provecho. Igualmente podían llegar todos a puerto, y no encontrar comprador para la carga por haberse adelantado algún otro, con lo cual el grano se pudriría en las bodegas o se malvendería.

Había aprendido algunas cosas de interés, y todas le seguían pareciendo tan obvias como sorprendentes. Por ejemplo, los precios no los pone quien vende, sino quien compra. Y más: ganar dinero es muy caro. Esta es una verdad palmaria, que nos lleva a otro axioma fundamental: si es fácil ganar dinero teniendo mucho, aún más fácil es perderlo. Otra verdad absoluta: amasar dinero atrae envidias e incluso desprecios. En cambio, gastarlo juiciosamente estimula la admiración y abona el terreno para futuras y mejores inversiones y ganancias. Y sobre todo había aprendido la máxima fundamental que lo había guiado: vende lo efímero y perecedero —grano, esclavos, telas...— y compra lo permanente, lo sólido o lo útil; las casas, los palacios, las flotas y los hombres. Lo más valioso que se puede comprar es la voluntad ajena.

En estos trajines se le había pasado el medio siglo, y ya le rondaba la cabeza pensar si había merecido la pena. Querría saldarlo todo y retirarse a la vida ociosa y regalada. Bien podría; pero no podía. Solo vender, sin malvender, le consumiría el resto de su vida,

aunque llegase al siglo completo. Un padre ocioso hace unos inútiles de los hijos herederos, que con el tiempo empobrecen su patrimonio y en poco lo arrasan y devoran, como una polilla pone huevos en una rica alfombra y la desbarata. Y tenía trece polillas, o sea, trece hijos, puesto que solo se le había muerto uno.

Aún guardaría una botella de tinta en alguna parte. Se las hacía traer desde Nápoles, y a veces preparaba su propia tinta con Alessandro, a base de agallas de roble que en Malta costaban un mundo encontrar. Salía muy buena con agallas, caparrosa, goma arábiga y cáscara de granadas. Ottavio Costa se quitó el gorro de dormir que le recomendaba su médico para evitar un resfrío nocturno. Para compensar, se puso por los hombros su lujosa bata turca.

Lo único que de verdad le procuraba placer era el arte. Comerciar con la belleza a cierta escala era privilegio de muy pocos. Medirse con un papa o con un rey en la adquisición de una pintura o un libro muy raro le granjeaba más admiración en los círculos adecuados que el monto de sus ganancias o sus haberes. Sus palacios en Roma y Génova necesitaban poblarse de maravillas, y tenía pensado construirse uno en Malta a la medida de su influencia en la corte del maestro. Por otra parte, había comprobado que ninguna riqueza era más valiosa, pues los cuadros, estatuas, libros y palacios bien elegidos incrementan su valor, al tiempo que prestigian perpetuamente a quien los posee.

Por esta razón Ottavio Costa dejaba cada vez más sus negocios en manos de sus subordinados y sus hijos mayores, a quienes desde luego vigilaba regularmente, y había decidido volcarse en las adquisiciones más sorprendentes y lujosas.

Repasó los retratos de sus hijos e hijas, que se había hecho pintar en varios medallones o camafeos. La primera idea fue llevarlos siempre encima, y luego se cansó de su peso. Allí estaban, en su escritorio. De algunos de ellos, los que habían entrado en religión desde jóvenes, sería incapaz de recordar las facciones de no ser por los oportunos camafeos. Algunos eran de notable gusto y parecido, mientras que otros no resultaron tan fieles a sus modelos.

A Ottavio Costa se le fue el magín hacia los predios de Apolo. Pensó que gozaba de cierto predicamento entre los grandes y poderosos, en parte por el dinero que le debían, y en parte por el buen

gusto que mostraba en la selección de sus presas artísticas. Harto estaba de oír burlas y dicterios contra los banqueros genoveses, lugar común entre los poetastros y risa habitual de los envidiosos y pobretones. Mas apreciaba también que ocasionalmente a alguno a su lado se le escapase un chiste sobre genoveses, que él mismo reía con ganas. De algún modo, no era considerado como banquero genovés, sino como hombre de buen criterio y mejor gusto.

Cuando iba a ver al maestro llevaba consigo muy contadas joyas, y pequeñas, que solo un ojo muy experto pudiera tasar en la fortuna que valían. Hablaba poco, y solo si se lo pedían. Ahora bien, una vez que hablaba, su criterio era atendido y generalmente aceptado por los hombres más poderosos del orbe. Esa era su riqueza, se repetía, ese saber moverse entre la gente y hacer cumplir su voluntad; que no sus palacios, sus cuadras, sus barcos o sus negocios, meras herramientas de esa cosa tan extraña que se llama poder. Claro está que, sin esas herramientas, poco caso le harían, se concedió.

Había aprendido también un secreto muy infrecuente. Cualquiera podía comprarse un Tiziano, cualquiera de su círculo, por supuesto; y su posesión apenas cubriría un espacio obligado en una colección de arte mediana. No digamos ya en una conversación de muy selectos entendidos. Mas adquirir un cuadro de un artista que empezaba a despuntar, todavía no demasiado famoso, bien que de fuerza indudable y ascendente, pronto lo reputaría en esos círculos como águila de las artes. Si además era un artista admirado por el papa o por alguien de su círculo, alguien como su sobrino Borghese, por ejemplo, el cuadro se convertía en un tesoro que se multiplicaría conforme la estimación de ese artista creciese en los círculos adecuados. Y si en vez de conseguir una tela se conseguía al artista, ah, entonces...

Lo que había que hacer era favorecer al artista, encumbrarlo una vez que fuese de su propiedad. Tampoco debía acaparar sus piezas. Muchas de ellas, incluso algunas de las mejores, debían repartirse por otras colecciones prestigiosas o en templos muy selectos, para publicar desde allí la excelencia de su protegido. Este, agradecido a su benefactor, no le escatimaría ocasiones de enriquecer su galería. Al poco, tendría la preeminencia sobre un artista que se disputaban Borgheses y maestros de Malta.

Clareaba el día por la ventana. Se vistió él mismo, sin llamar al servicio, para no coger frío, y decidió empezar a trabajar. Por la mañana se veían las grandes oportunidades. Por la noche, solo los peores recelos.

Merisi de Caravaggio era su gran apuesta. Y el desgraciado asunto de la reyerta romana a punto estuvo de malbaratar su patronazgo paciente. De todas las veces que había cubierto las espaldas al maldito valentón sin sesos que era Caravaggio, esta última había requerido de un tacto sutilísimo. Convencer al maestro no había sido tan difícil como se figuraba. Tan solo cruzaba los dedos para esperar que la sangre violenta de Caravaggio solo se plasmase en los cuadros que habría de pintar. En unos años, él, Ottavio Costa, sería recordado por su habilidad y buen gusto, y celebrado en los más selectos círculos de Europa. Eso sí lo haría grande. Haber sido el mecenas del mejor pintor que vería el siglo, al que ya empezaban a copiar los mejores, conseguiría que le perdonasen el ser un molesto banquero con quien estaban endeudadas casi todas las mejores familias del sur de Europa, en mayor o menor medida.

—Creí que no te volvería a ver.

Mucio Portinari extendía el aceite por la espalda de su amigo. Lo notaba más fibroso y musculado. También observó con la vista y el tacto algunas cicatrices.

—Estás hecho un Aquiles —le dijo, siguiendo los rastros de las heridas con el dedo.

—Adiestramientos. Todas son de hacer algo mal. Soy muy torpe.

—¿Es Malta tan áspera?

—Iglesias y corsarios. Esclavos y murallas. Misas y combates. Albergue y adiestramiento. Vino y putas de tapadillo, para quien quiera. Y sin escapatoria. Al menos nos dan cubiertos de plata.

—¿Tan malo es?

—Tan malo no. Hoy estoy aquí. Si cumplo unas misiones más, pediré licencia para largarme. A mi hermano le dará un ataque cuando sepa que no me ha matado ningún turco. Mientras, necesito hacer algo de dinero para no necesitarlo a él. Soy solo un segundón, y un deshonor, y una carga, si no me mantiene la Orden de Malta.

Mucio Portinari besó a Augusto en el hombro.

—Tú arrímate a Ottavio Costa. Mal no te irá.

—¿Sabrá él que tú y yo...?

—No te quepa duda. Hay criados en esta casa. Darles el día libre no los convierte en ciegos ni en sordos, ni mucho menos en idiotas. Tampoco le importa nuestra relación, sino nuestra eficacia. Te ha mandado aquí.

Mucio Portinari quiso convertir su masajeo en más explícitas caricias. Augusto se incorporó, y se cubrió con el lienzo.

—Háblame de Francesco Maria del Monte.

—No hay mucho que contar. Se postuló para ser papa, pero tenía delante al de los Aldobrandini y a Montalto. Franceses y españoles trataron de imponer sus candidatos... Y salió el de ninguno: el cardenal Camilo Borghese, Pablo V. La opción que no molestaba en las votaciones.

—No me interesa la política romana.

—Te interesa Del Monte. Y también Borghese. No el papa, sino su sobrino, el cardenal Scipione Borghese. Admiran a tu Michele de Caravaggio. Les ha pintado un montón de cuadros equívocos y deliciosos. El papa es un santo varón, ascético y riguroso, para quien un buen cuadro vale lo mismo que una cántara bien hecha. Le hizo cortar la cabeza a un necio que escribió una biografía estúpida de Clemente VIII, sin haberla publicado siquiera. Y ahora busca la cabeza de tu pintor por acabar con un rufián, protegido de los Farnese.

—Del Monte se mantiene al margen.

—Del Monte se retiró del juego. Dará sus fiestas discretas para amigos selectos. Te he conseguido una invitación con facilidad.

—¿Vendrás conmigo?

—¿A una fiesta de Del Monte? No, gracias. No me interesa llamar la atención.

—¿Es una fiesta... sin mujeres? —A Augusto le costaba encontrar los apropiados eufemismos—. ¿Le gustan los hombres a Del Monte?

—Los mocitos, más bien. Los niños, no creo. Hay pederastas por ese círculo, ya sabes, gente maligna y poco recomendable. Cerdos peligrosos. Atraen la atención de la Inquisición, y luego nos

juzgan a todos como si fuéramos la misma basura. De todos modos, esos no se te acercarán. Ya eres un hombretón. Mira estos brazos.

Augusto se dejó acariciar. Mucio Portinari le acercó los labios. Augusto ahora sentía miedo, y eso era lo que lo excitaba y lo que lo impulsaba. El miedo profundo a transgredir y a ser descubierto en la transgresión, el miedo a ser humillado, el miedo al desprecio de los cercanos, el miedo a la ofensa, el miedo a la risa, el miedo profundo a ser quemado en una hoguera, el miedo a arder después en el infierno si era cierto lo que pregonaba aquella caterva de miserables. Todos esos miedos lo habían atenazado y retorcido, y a todos ellos se había sobrepuesto. El miedoso inteligente se acostumbra al miedo, y aprende a utilizarlo en su provecho, como señal de alarma o llamamiento a la prevención. Para él, además, el miedo era una excitación que lo sacudía desde dentro, y que lo impulsaba a cuidarse de sí o a huir; y, por lo tanto, un estímulo tan poderoso como cualquier otro.

Esto se repetía a veces Augusto de Rohan, vulnerando todas las normas de la Orden, de la ley y de la Iglesia. Eso se repetía o se imaginaba, para dominar sus miedos.

El cojo renqueaba mucho menos. Casi ni le hacía falta ya el bastón. El otro ya no llevaba vendajes en la cabeza, y los rastros de la reyerta se habían emboscado en el desorden de sus guedejas negras. En el estudio había telas empezadas, dos o tres bastidores de buen tamaño y colores dispuestos, macetes, morteros, pocillos, paletas y pinceles. Dos espadas también, con sus dagas. Toda la estancia era trapos por el suelo, un catre sin recoger, platos y vasos sin lavar, restos de comida en una mesucha baja y moscas revoloteando sobre todo aquello. Sin embargo, en la otra mesa donde aguardaban los colores recién preparados reinaba un orden absoluto, una armonía de escalas cromáticas a exactas distancias que se reproducía en la paleta que se aplicaba sobre una cruel escena sagrada.

—No me jodas, lombardo de Satanás, que me pintas otra vez dándole lo suyo a Cristo, nuestro Señor.

—Con esa cara de cabronazo, Petronio, no te voy a pintar de santo varón. Si me posas para un cuadro de iglesia, tienes que ser guardia, o verdugo.

—No me gusta. Me va a traer mala suerte, o algo.

—¿No te gusta esta Flagelación de Cristo? ¡Cuántos me pagarían lo que fuese por que los sacase como yo te saco!

—¡Si pintar, me pintas bien! ¡Si de eso no me quejo! Pero ¿me tienes que sacar siempre haciéndole perrerías a algún santo? Eso no puede ser bueno, lombardo. Ya me podías haber pintado de pobre, en ese cuadro de las Obras de Misericordia, ese que le has apañado al virrey español en cuatro meneos. El que chupaba la teta a la moza.

—Pedazo de animal. Es su padre. Ella calma su sed de la única manera que puede.

—¡Bien pudiera yo calmar la suya, de otra manera que se me ocurre!

—Bah. Te pinto demasiado. Por eso te saco en cuadros de clientes distintos. Si no, me protestan.

—¡Con razón protestan! ¡Con lo feo que soy! Mejor te salía la moza aquella. La guapa. La Fílida... La puta de Tomassoni.

—No era la puta de Tomassoni.

—Bueno, ya no, claro. Y ya no estaba tan guapa.

—Cállate, Toppa.

—Es la verdad. Ninguna flor aguanta el exceso de riego.

—La próxima vez te pinto en un Nacimiento.

—Para san José o para Rey Mago no valgo. Me faltan años.

—Te sobran para buey, y con tus cuernos. Y castrado, que es como tenías que estar.

No se rio Toppa de la broma grosera, porque Merisi no lo había dicho con tono burlón. No convenía mentarle a la Melandroni. Toppa se hizo el abstraído, como si no hubiera oído la ofensa, y se quedó mirando a alguna parte.

—Hiciste bien en despacharlo. Uno menos. Pero ahora no conviene acomodarse mucho tiempo en el mismo sitio.

—Aquí no nos toca nadie. El virrey y la marquesa nos guardan. Donde Barsi tienes las putas que quieras. Y yo, encargos para todo el año.

—Los Tomassoni no se van a conformar con que te besen el culo en Nápoles, lombardo. Espératelos cualquier día.

Augusto de Rohan descartó nuevas excursiones nocturnas. Simuló varias visitas de cortesía en entornos menos peligrosos y a nadie preguntó por el pintor, cuyo paradero sabía de sobra. Aunque unos dijeran que Caravaggio se ocultaba en su Lombardía natal, o que lo habían visto en cierta casa de campo, o en un *palazzo* en Zagarolo, Ottavio Costa tenía por cierto su destino más seguro, el arrimo a los Colonna de Nápoles. En cualquier caso, la misión de De Rohan se limitaba a resumir al maestro las andanzas romanas de Michelangelo Merisi; y a ello se atuvo. Todo lo anotó en dos pliegos de papel caro y florentino, con una letra cancilleresca muy bien educada que evitaba desagradables concreciones.

Cuando se encontró de nuevo con el capitán Pino, el gurullón ni mencionó el incidente con los rufos de Tomassoni. A cambio, le habló de la altanería del pintor y sus numerosos tropiezos con la ley, cuáles por portar armas sin permiso, cuáles por escándalos nocturnos y sospechas de reyertas silenciadas. Merisi de Caravaggio fue sospechoso principal de la muerte de otro sargento de la Torre de Nona, y acabó en el *cavalletto* por ello; pero no soltó prenda. Y tras mediar la turba de cardenales y papas que tenía a las espaldas, hubo que contentarse con el cuento de que al sargento le había caído una teja en la cabeza mientras interrogaba al encausado. Alguna vez, antes de lo del Tomassoni muerto, Merisi había declarado con toda desfachatez a los *sbirri* del Bargello o de la Torre de Nona, según quién lo arrestase, que se había caído o se había herido él mismo para justificar las huellas violentas en su cuerpo de alguna de aquellas aventuras. En otra ocasión, el iracundo pintor había estampado un plato de alcachofas en la cara de un mozo de mesón, la Osteria del Moro, todo porque su servicio le había disgustado. Había un par de muertes más con las que se le relacionaba, y una de un alguacil, además. Sus múltiples trifulcas y reyertas se confundían unas con otras.

No era raro que lo quisieran muerto. Lo extraño era que hubiera llegado vivo tan lejos.